



UNIVERSIDAD DE LA SABANA

# Documentos y Reseñas

Año 4 • Volumen II • Número 15 • Febrero 1994 • ISSN: 0211 - 6635 • Santafé de Bogotá, D. C. - Colombia

## TEMAS DE ACTUALIDAD

### Juan Pablo II señala que **No hay libertad fuera de la verdad**

#### Resumen de la Encíclica "Veritatis Splendor"

*En la encíclica VERITATIS SPLENDOR, del 6-VIII-93, Juan Pablo II explica detenidamente los fundamentos de la moral. Al exponer la doctrina católica sobre este tema, tiene en cuenta la situación cultural y social del presente, y valora críticamente algunas tendencias actuales de la teología moral. La encíclica -que resumimos aquí- es una luminosa enseñanza sobre la libertad. No en vano procede de un Papa que ha dicho que, si hubiera de escoger una frase de los Evangelios, se quedaría con esta: "La verdad os hará libres".*

#### Una moral alentadora

**E**n la introducción, Juan Pablo II explica el motivo de la encíclica: «Recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas». El peligro viene de tendencias influidas por «corrientes de pensamiento que terminan por erradicar la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad».

De ahí se siguen varios errores: se niega la doctrina sobre la ley natural; se rechazan ciertas enseñanzas morales de la Iglesia; no se admite que el Magisterio pueda intervenir en materia moral con instrucciones vinculantes; se duda de que los Mandamientos sean válidos en toda circunstancia; se pone en tela de juicio el nexo entre fe y moral, como si sólo la primera definiera la pertenencia a la Iglesia, mientras que habría que dejar las cuestiones sobre la conducta al juicio de la conciencia individual.

#### Las exigencias del amor

«La vida moral se presenta como la respuesta debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre -señala la encíclica- Es una respuesta de amor». Por eso, «reconocer al

Señor como Dios es el núcleo fundamental, el corazón de la Ley, del que derivan y al que se ordenan los preceptos particulares».

Los preceptos del Decálogo constituyen «la primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad». No son imposiciones externas a la persona, pues «Jesús lleva a cumplimiento los mandamientos de Dios (...), interiorizando y radicalizando sus exigencias: el amor al prójimo brota de un corazón que ama y que, precisamente porque ama, está dispuesto a vivir las mayores exigencias». Tampoco son el término de la vida moral: «Los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor».

#### La libertad reclama la verdad

El capítulo segundo examina algunas corrientes recientes de la teología moral, en relación con la situación contemporánea. Empieza reconociendo lo valioso que tiene, a este respecto, la cultura actual: «El sentido más profundo de la dignidad de la persona y de su unicidad, así como el respeto debido al camino de la conciencia, es ciertamente una adquisición positiva de la cultura moderna». Pero estas conquistas quedan, en algunas corrientes del pensamiento de hoy, desvirtuadas por varias

desviaciones: «Se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores»; «se ha atribuido a la conciencia individual las prerrogativas de una instancia suprema del juicio moral», hasta llegar a «una concepción radicalmente subjetiva del juicio moral».

Tales errores están estrechamente relacionados con «la crisis en torno a la verdad», que lleva a «una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, diversa de la verdad de los demás». Esta crisis explica la paradoja de que nuestro tiempo, en que tanto se ha exaltado la libertad, sea a la vez la época de los determinismos de toda clase.

### **La justa autonomía del hombre**

Algunas tendencias de la teología moral, influidas por esas corrientes de pensamiento, coinciden en «debilitar o incluso negar la dependencia de la libertad con respecto a la verdad». Por ello el Papa esclarece primero esta cuestión. Empieza por la relación entre la libertad y la ley.

Ciertas corrientes teológicas plantean un pretendido conflicto entre la libertad y la ley, porque piensan que el sometimiento a normas no creadas por el hombre -como la «ley natural» de que habla la Iglesia- sería incompatible con su dignidad.

El Papa explica que la doctrina católica reconoce una justa autonomía del hombre. En primer lugar, sólo Dios tiene poder de decidir sobre el bien y el mal, lo que no significa arbitrariedad: «Dios, que sólo Él es bueno, conoce perfectamente lo que es bueno para el hombre y en virtud de su mismo amor se lo propone en los mandamientos». De modo que la ley natural no manda otra cosa sino el mismo bien humano, y por eso es, a la vez que ley divina, ley del propio hombre. Además, Dios ha dejado al hombre en manos de su albedrío. Así pues, la «autonomía» consiste en que «el hombre posee en sí mismo la propia ley, recibida del Creador»; pero «no puede significar la creación, por parte de la misma razón, de los valores y las normas morales».

### **Por encima de la diversidad de culturas**

Otras críticas a la ley natural acusan a la doctrina moral católica de «naturalismo» o «biologismo», en particular con respecto a la ética sexual. Cuando la Iglesia insiste en que se debe respetar la estructura natural del acto sexual, se dice que presenta como leyes morales lo que no son más que leyes biológicas. Tales interpretaciones, observa la encíclica, suponen no entender la unidad de alma y cuerpo, olvidando que es en esta unidad donde la persona es sujeto de sus actos morales.

Paralelamente, dividir alma y cuerpo lleva a la separación de naturaleza y libertad, origen de otros errores. Poniendo la libertad al margen de la naturaleza se niega la universalidad de la ley moral -que no sería, entonces, natural-.

«...el progreso mismo de las culturas demuestra que en el hombre existe algo que las trasciende. Este "algo" es la naturaleza del hombre: precisamente esta naturaleza es la medida de la cultura y es la condición para que el hombre no sea prisionero de ninguna de sus culturas, sino que defienda su dignidad personal de acuerdo con la verdad profunda de su ser».

### **Al servicio de la conciencia**

El siguiente apartado («Conciencia y verdad») aborda las teorías que proponen una interpretación «creativa» de la conciencia. Según éstas, la conciencia no puede limitarse a aplicar normas universales, que no recogen las particularidades de las distintas situaciones y personas. Por tanto, la conciencia estaría autorizada a salirse de la ley para justificar que se haga lo que ésta prohíbe.

El Papa explica que la conciencia es testigo de la cualidad moral de la persona y de sus actos; por eso actúa aplicando la ley al caso, pronunciando juicios de absolución y de condena. Lo que sólo puede hacer porque reconoce el carácter universal de la ley. De modo que la conciencia es la «norma próxima de la moralidad personal», justamente porque «la autoridad de su voz y de sus juicios derivan de la verdad sobre el bien y sobre el mal moral, que está llamada a escuchar y expresar».

Ciertamente, la conciencia puede errar. Pero «nunca es aceptable confundir un error "subjetivo" sobre el bien moral con la verdad "objetiva"». Si el yerro se debe a ignorancia invencible, el acto malo puede no ser imputable, pero no deja de ser un mal. La posibilidad de errar muestra la necesidad de formar la conciencia, de «hacerla objeto de continua conversión a la verdad y al bien». Y para juzgar con rectitud no basta conocer la ley de Dios: «es indispensable una especie de "connaturalidad" entre el hombre y el verdadero bien», lo que se consigue mediante la virtud y la gracia.

### **La opción fundamental**

El tercer apartado del capítulo segundo trata de la teoría de la «opción fundamental», según la cual la cualidad moral de la persona depende de la orientación general que ésta haya dado a su vida, por o contra el amor a Dios y al prójimo. Los actos concretos, en sí, importan menos, de modo que -según esta postura- el pecado grave, que aparta de

## TEMAS DE ACTUALIDAD

Dios, se da sólo en la opción fundamental de rechazar su amor.

La encíclica señala que la doctrina cristiana reconoce la importancia de la opción fundamental que compromete la libertad ante Dios: la elección de la fe. Pero si el hombre tiene capacidad de orientar su vida al fin, la «ejerce de hecho en las elecciones particulares de actos determinados». Por tanto, «la opción fundamental es revocada cuando el hombre compromete su libertad en elecciones conscientes de sentido contrario, en materia moral grave».

### La buena intención no basta

Después examina el problema, clásico, de las fuentes de la moralidad, a propósito de la corriente actual llamada «teleologismo». Éste pone la moralidad en la intención, olvidando el objeto del acto. Así, valora la intención según las consecuencias previsibles de la acción («consecuencialismo»), o según la proporción de sus efectos buenos o malos («proporcionalismo»), mirando si se busca la mayor proporción posible de bien o el mal menor.

Una conclusión de estas teorías es que no hay prohibiciones morales absolutas, que no admitan excepciones. Un acto que violara normas universales negativas podría ser admisible si el sujeto, con la intención puesta en los valores morales superiores, obrara según una ponderación «responsable» de los bienes implicados.

A esto responde la encíclica que «el obrar humano no puede ser valorado moralmente bueno (...) simplemente porque la intención del sujeto sea buena». A

su vez, las consecuencias previsibles son circunstancias que pueden variar la gravedad de una acción mala, pero nunca hacerla buena. La fuente primordial de la moralidad es otra. «La moralidad del acto humano depende sobre todo y fundamentalmente del objeto elegido racionalmente por la voluntad deliberada». Por tanto, hay actos «intrínsecamente malos»: lo son siempre y por sí mismos, es decir, por su objeto, independientemente de las ulteriores intenciones de quien actúa y de las circunstancias». Para tener buena intención es imprescindible querer el bien y evitar el mal, y algunos actos son en sí mismos no ordenables al bien.

### La verdadera comprensión

El capítulo tercero de la encíclica destaca el valor insustituible del bien moral para la sociedad, y presenta la vida moral de un modo realista y alentador. El camino del bien, explica el Papa, aparece sembrado de dificultades, que es preciso afrontar con coraje. Sería ingenuo y dañino pensar que se presta un servicio al hombre aguando la moral: así se facilitaría, más bien, la destrucción de la convivencia y los atentados a la dignidad humana.

«La fe tiene también un contenido moral: suscita y exige un compromiso coherente de vida».

Frente al relativismo, «sólo una moral que reconoce normas válidas siempre y para todos, sin ninguna excepción, puede garantizar el fundamento ético de la convivencia social».

Tomado de: ACEPRENSA Nº 34 126/93

## COMENTARIOS DE PRENSA

*El gran interés que ha despertado la encíclica Veritatis splendor se manifiesta en el abundante espacio que le ha dedicado la prensa, en el que distintas personalidades destacan la oportunidad de la encíclica en un momento en que la cuestión moral está en el centro de los problemas contemporáneos y la conciencia de la humanidad parece desconcertada.*

### Para defender a la humanidad de la desesperanza

*En un artículo publicado en Le Monde (6-X-93), el Cardenal Jean-Marie Lustiger, Arzobispo de París, comenta por qué la sociedad actual necesita este mensaje.*

**L**

a cultura occidental ha desplegado tesoros de inteligencia para analizar la responsabilidad moral de nuestros actos. Pero, por desgracia, no sabemos hacer honor a este patrimonio.

Necesitamos volver a aprender a asumirlo.

Explorando las profundidades del alma, hemos descubierto los extraños rodeos del deseo, incluso las máscaras con que se disfrazan nuestras buenas intenciones. Al ser más conscientes de la compleji-

## COMENTARIOS DE PRENSA

dad de las situaciones, nos hemos hecho más sensibles al peso de las circunstancias que la justicia humana llama *atenuantes*. ¿Es todavía posible afirmar que ciertos actos son malos en sí mismos y que siguen siéndolo cualesquiera que sean las intenciones de quien los comete y las circunstancias?

(...) Con vacilaciones, las instituciones internacionales elaboran una jurisprudencia para sancionar los crímenes contra la humanidad. Pero, al mismo tiempo, los movimientos de la opinión, las mayorías diferentes de una época o de un país a otro, los intereses opuestos y la versatilidad humana dejan a cada uno escéptico sobre la capacidad de los hombres para decir con certeza y unánimemente lo que es un crimen o lo que no lo es.

La Iglesia recuerda, con la luz de Dios, que el hombre puede distinguir el bien y el mal. Nunca puede llamar bien al mal, a no ser al precio de una mentira que le destruye a sí mismo. Es una cuestión de vida o muerte, una condición necesaria para la felicidad y la libertad. El bien es un camino que se abre ante la humanidad en marcha hacia la felicidad que ha de recibir de Dios. El mal es un abismo donde, de golpe, el hombre bascula como en la nada.

### La verdad, luz para la vida

*Para Mons. Alvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei, el mensaje fundamental que la encíclica dirige a los fieles es la conexión entre libertad y verdad (La Stampa, Turín, 6-X-93).*

**J**uan Pablo II nos recuerda que el hombre, todo hombre, es sumamente valioso. Posee una incomparable dignidad porque es imagen de Dios y porque es libre, dueño de sus actos y constructor de su destino personal.

Por eso la libertad tiene que ver con la verdad: más libres somos cuanto mejor conocemos lo que realmente somos y lo que estamos llamados a ser, la dignidad y el bien que estamos llamados a alcanzar. Nadie más libre que el hombre consciente del elevado destino que Dios -Creador y Redentor- le tiene reservado.

La humanidad -y más concretamente esa parte de la humanidad que solemos llamar civilización occidental- ha conocido, en estos últimos años, momentos de gran optimismo para caer, muy poco después, en un estado de oscuro pesimismo e incluso de postración. (...) A ese mundo, a los hombres y mujeres que viven en ese mundo, Juan Pablo II, hablando en nombre del Evangelio, quiere

Nuestra época está tentada de sustituir la conciencia personal y sus opciones libres por la legitimidad de las leyes civiles. La conciencia y la libertad se reducen así a lo legal y a lo político como en el tiempo de los sofistas, como antes de Sócrates. Los siglos pasados eran quizá ingenuos al dejar a veces lo legal y lo político a la apreciación de la conciencia moral. Nuestra época, al realizar un reduccionismo inverso, se hace cínica. Es el triunfo de Maquiavelo a escala planetaria. (...)

El remedio está en la razón común y en el esfuerzo, siempre renovado, de volver a humanizar la conciencia moral de los hombres. La coyuntura es favorable, pues somos sensibles a las perversiones, los excesos, los escándalos. Pero, al mismo tiempo, estamos en una situación de extrema debilidad, habida cuenta del gigantismo de los medios empleados y de la impotencia para dominarlos.

La Iglesia no impone con una *intolerable intransigencia* una verdad que sólo ella pretendería tener. "Al servicio de la conciencia", la Iglesia, de acuerdo con su misión, da testimonio de la verdad ofrecida por Dios a todo hombre. Enseñando al hombre sus deberes, la Iglesia confirma los derechos de cada uno, especialmente de los más débiles.

recordarles que pueden soñar con mundos más justos, con una condición: que adviertan que esos mundos futuros dependen, de forma decisiva, del uso que hagan de su libertad y, por tanto, de la apertura de su espíritu hacia el bien y hacia la verdad.

*Veritatis splendor*: el resplandor de la verdad, de una verdad que no consiste en frases genéricas o vacías, sino en la afirmación de la realidad de Dios y de la realidad del hombre, de un Dios que es amor y de un hombre que está hecho para amar. Porque la moralidad no es, primariamente, un código de prohibiciones, sino invitación y llamada, programa de vida.

La vida moral comprende exigencias, momentos difíciles e incluso duros. Desconocerlo sería ingenuidad. Pero esos momentos son sólo el reverso de la medalla, el precio que una libertad limitada y en camino como la nuestra debe pagar para llegar de hecho a la meta. Y esa meta es la felicidad, la alegría que brota de un amor realizado.

### La necesidad de principios firmes

*El Card. Basil Hume, primado de Inglaterra, subraya que una sociedad pluralista necesita anclarse en valores sólidos como los que recuerda el Papa (Daily Telegraph, Londres, 6-X-93).*

**S**e cuenta que, en cierta ocasión, un destacado político terminó así un discurso electoral: "Éstos son, pues, mis principios. Y si no os gustan, los cambiaré". Verdadera o no, la anécdota apunta a un tema clave de la reciente encíclica *Veritatis splendor*: que hay principios morales inmutables que se aplican a todos sin excepción. (...)

Una sociedad pluralista en la que todos se consideran libres para construir y escoger su propio bien corre el peligro de dejar de ser en absoluto una sociedad. En toda Europa muchas personas de todas las religiones y de ninguna buscan convicciones compartidas y valores comunes e intentan descubrir un fundamento en el que anclarse sólidamente. *Veritatis splendor* nos ayuda a continuar esta búsqueda.

Lo hace subrayando el hecho de que la pregunta "¿Qué es ser bueno?" presupone la pregunta "¿Qué es ser humano?". La fragmentación moral es, de hecho, un síntoma de confusión y desacuerdo profundos en torno a la naturaleza y el valor de la vida humana misma.

La Iglesia católica tiene algo único que ofrecer a todos en la búsqueda de valores morales firmes. Son especialmente relevantes tres conceptos básicos que el Papa examina en este documento: libertad, verdad y conciencia.

Nuestra época aprecia, con razón, la libertad: nos alegramos cuando los hombres se liberan de la

tiranía, de la enfermedad, de la injusticia y del hambre. Pero ¿qué hacemos con tales libertades cuando las tenemos? ¿Tengo libertad para hacer lo que me plazca, o esta preciosa libertad consiste no sólo en estar libre *de* ciertas cosas, sino también en ser libre *para* algo mayor, superior a mí mismo?

La libertad de elección es el fundamento esencial de la vida moral. Lo que importa es escoger bien. Esto exige conocer la verdad sobre la condición humana y, en consecuencia, saber qué es bueno para el hombre. La libertad de elección no es un fin en sí misma. La libertad trae consigo deberes, en virtud de responsabilidades personales y sociales, y es esencial reconocerlos para fortalecer la conciencia social y la solidaridad. (...)

El núcleo del mensaje del Papa es que hay acciones que son siempre y en sí mismas gravemente ilícitas: todo acto hostil a la vida, como el aborto o el genocidio; o todo lo que viola la integridad de la persona humana, como la tortura o la injusticia; o todo lo que ofende la dignidad humana, como los abusos contra los niños o la explotación de los trabajadores (...).

La conciencia no es maestra de la doctrina, y, sin ayuda, la conciencia individual puede sucumbir a argumentos especiosos. Estamos obligados a formar nuestra conciencia, tanto como a obedecerla. Pero nadie puede decidir por otro. Y la objetividad de los valores morales, lejos de usurpar la función de la conciencia, la previene contra el peligro de convertirse en mero portavoz de opiniones particulares.

### Democracia con valores

*Rafael Navarro-Valls, Catedrático de Derecho Eclesiástico del Estado de la Universidad Complutense de Madrid, defiende en "El Mundo" (Madrid, 6-X-93) el valor de la "Veritatis splendor".*

**E**l peligro totalitario acecha a Occidente con un nuevo ropaje: el de las ideocracias intolerantes con toda moralidad objetiva. Desde la caída del muro de Berlín se ha difundido en la cultura europea lo que se ha llamado una cierta *mentalidad de búnker*, tras la que alguna *intelligentsia* se atrinchera, y que parece alimentar

una agresividad latente hacia toda valoración objetiva de conductas con vocación universalista. Sobre todo si la objetivación de valores tiene un trasfondo religioso. En su esencia es la misma mentalidad, aunque con distintos protagonistas, que hace muy poco negaba a los derechos humanos su potencial universalidad, es decir, su capacidad de adaptación a cualquier cultura.

## COMENTARIOS DE PRENSA

Frente a este último planteamiento, la Conferencia de Viena proclamaba hace unos meses los derechos humanos como "universales, indivisibles e interdependientes", de aplicación incondicional en los ámbitos nacional e internacional. Sin que pudiera esgrimirse como coartada para su aplicación la historicidad de las diversas culturas ni el juego de las mayorías. Es en esta misma línea donde hay que inscribir, en mi opinión, la encíclica de Juan Pablo II.

"Si no se reconoce la verdad trascendente, triunfa la fuerza del poder". Efectivamente, ahí radica la esencia última de los totalitarismos modernos, que no es otra sino el secuestro y relativización de la verdad: su transferencia al individuo (totalitarismo

de la conciencia), al Estado (totalitarismo político) o al partido (totalitarismo de las mayorías).

Lo que parece pedir Juan Pablo II es un rearme axiológico de la conciencia civil que impida que las ideas puedan ser instrumentalizadas para fines de poder. De ahí que vuelva a alertar frente a ese "totalitarismo visible o encubierto" a que fácilmente conduce "una democracia sin valores". Lo que en mi opinión el texto pontificio observa con reticencia es un Estado o una sociedad que haga propia -a veces sin clara conciencia- aquella visión de neutralidad que denunciaba Dante cuando reservaba los lugares más profundos del infierno "a los que, en épocas de crisis moral, conservan su *neutralidad*".

Tomado de: ACEPRENSA Nº 35 132/93

## El Cardenal Ratzinger presenta la "Veritatis splendor"

### Las razones de una encíclica sobre la moral

¿Cuál es el fin de este documento? Existe un motivo interno y otro externo, que naturalmente son inseparables. El motivo interno está ligado al mismo fin del cristianismo. En sus primeros tiempos, antes incluso que se acuñara la palabra "cristianos", la religión cristiana se llamaba simplemente "camino". En los Hechos de los Apóstoles se encuentra no menos de seis veces esta designación. (...) Si el cristianismo es llamado camino, significa que antes que nada indicaba una determinada manera de vivir. La fe no es pura teoría, es sobre todo un "camino", es decir, una praxis. Las nuevas convicciones que ofrece tienen un contenido práctico inmediato. La fe incluye la moral, y eso quiere decir no sólo ideales genéricos. Ella ofrece mucho más: indicaciones concretas para la vida humana.

#### Cuestión de supervivencia

A este motivo interno se añade otro externo, que no por eso es exterior. La cuestión moral es claramente hoy más que nunca una cuestión de supervivencia para la humanidad. En la unitaria civilización técnica que se ha extendido ya a todo el mundo contemporáneo, las antiguas certezas morales en las cuales se apoyaban hasta ahora las grandes culturas singulares se han destruido en gran parte. La visión tecnicista del mundo prescinde de los valores. Se pregunta sobre si es posible hacer algo en la práctica, no sobre la licitud. (...) Cada vez más

a menudo se piensa que lo que es posible hacer, es lícito hacerlo.

Pero el verdadero problema se plantea a un nivel todavía más profundo. Frente a las certezas indiscutibles que se dan en las materias técnicas, todas las certezas morales parecen frágiles y discutibles. Muchos consideran que lo razonable sería sólo lo que se puede verificar de modo incontrovertible como las fórmulas matemáticas o técnicas. ¿Pero cómo encontrar tal verificación en las realidades típicamente humanas, en las cuestiones de la moral y del recto vivir humano? El hecho de que en este ámbito las grandes culturas, aunque contengan importantes elementos comunes, afirmen también a menudo algo distinto, hace que el relativismo se haga cada vez más la opinión dominante. En el ámbito de la moral y de la religión no habría, pues, ninguna certeza compartida. (...)

#### El debate actual sobre la moral

Es evidente que la presunta sabiduría del individuo puede ser objetivamente muy poco sabia. La problemática moral de la sociedad revela esto muy claramente. Cuando, por ejemplo, para algunos individuos o para grupos enteros la violencia aparece como el medio indicado para mejorar el mundo, entonces el individualismo y el relativismo en el ámbito moral se convierten simplemente en destrucción de los fundamentos de la convivencia humana y amenaza a la dignidad humana. Por eso

# El Cardenal Ratzinger presenta la "Veritatis splendor"

el debate actual sobre la moral se está preocupando de encontrar soluciones sustitutivas, que en un mundo relativista deben garantizar como sea formas fundamentales del *ethos*.

La Encíclica menciona algunos ejemplos de tentativas de solución que en diversas formas han tenido lugar también en el ámbito teológico: la teleología, el consecuencialismo, el proporcionalismo. No es necesario analizar aquí cada uno de estos sistemas. Lo que tienen en común podría expresarse sustancialmente así: presuponen que no podemos conocer una norma derivada de la misma esencia del hombre y de las cosas, contra la cual no se podría actuar nunca. Lo que es moral se debería determinar en la práctica, sopesando la relación entre las consecuencias buenas y malas de una acción y escogiendo aquella que previsiblemente tiene consecuencias mayormente positivas.

La moralidad de la actuación no estaría determinada por el contenido del acto en cuanto tal, sino por su fin y sus consecuencias previsibles. Lo bueno y lo malo en sí mismos no existirían. Existe sólo lo que es mejor o lo que no es tan bueno. "Bueno significa mejor que...", ha dicho una vez en este sentido un conocido moralista.

Estos puentes echados sobre al abismo del relativismo, que en concreto es un escepticismo sobre todo lo que respecta a lo propiamente humano, no son inútiles. Pero su alcance es insuficiente frente a los grandes desafíos morales ante los que se encuentra la humanidad. Un cristianismo que no pudiera decir nada más ni más concreto que el mandamiento general del amor, ya no se podría designar como "camino".

## Para renovar la vida social

En el tercer capítulo de la Encíclica esta conexión es ampliamente desarrollada. El Papa hace ver que "en el centro de la cuestión cultural está el sentido moral"; ante la existencia de graves formas de injusticia social y económica y de corrupción política, responde "a la necesidad de una radical renovación personal y social capaz de asegurar justicia, solidaridad, honestidad y transparencia" (n. 98). El texto muestra el fundamento cultural del totalitarismo, que reside en la "negación de la verdad en sentido objetivo" (n. 99), e indica el camino para su superación.

El Papa no priva a los teólogos de la libertad que compete a su misión; la clarificación de los fundamentos no quita la palabra a la teología, sino que le abre el camino.

## Los mandamientos, camino hacia Dios

La estructura de la Encíclica es muy sencilla. Tras una breve introducción sobre el punto de partida y la finalidad del texto, sigue el Capítulo primero, de carácter sustancialmente bíblico. Este Capítulo proporciona el hilo conductor, que reaparece continuamente a lo largo del texto: el diálogo del joven rico con el Señor sobre la pregunta: "¿Qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" (Mt. 19, 16). Este diálogo no pertenece al pasado, nos afecta a todos nosotros. Quizá nos planteemos la pregunta de otra forma, pero todos deseamos saber qué debemos hacer para llegar a una vida plena. (...)

En esta atenta escucha de las palabras de Cristo aprendemos sobre todo que la búsqueda del bien está inseparablemente unida a nuestra actitud hacia Dios. Sólo Él es bueno sin limitaciones. El bien por excelencia es un ser personal, y hacerse bueno significa por tanto asemejarse a Dios. Los diez mandamientos son una automanifestación de Dios, nos ayudan a encontrar el camino para hacernos semejantes a Dios. Son por tanto una explicación de lo que significa amor, y al mismo tiempo están ligados a una promesa: la promesa de la vida en toda su plenitud. De aquí se deriva que quien camina por la senda de los mandamientos, está en la senda hacia Dios, aunque no haya conocido aún a Dios.

## La medida de la Libertad

El segundo capítulo introduce elementos, tomados de la Escritura y de los Padres, en la discusión actual sobre los fundamentos del obrar moral. El núcleo del razonamiento, en torno al cual giran los problemas concretos, aparece sin dificultad: es la relación entre libertad y verdad.

## La ley natural es ley racional

Hoy, sin embargo, rebrota continuamente la acusación de que con el concepto de ley natural la Iglesia se vincula a una metafísica superada, e incluso que se hace esclava del naturalismo o de un biologismo obsoleto, por el que atribuiría valor de leyes morales a simples procesos biológicos. La Encíclica se enfrenta con decisión a estas críticas. El núcleo de su respuesta se halla en una cita de Santo Tomás: "La ley natural... no es sino la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios" (n. 40).

La ley natural es una ley racional: tener inteligencia es propio de la naturaleza del hombre. Cuando se afirma que la medida de nuestra libertad es nuestra naturaleza, no se está excluyendo la razón, sino que se le hace plena justicia. En este sentido, es preciso tener presente lo que es propio de la razón humana,

## El Cardenal Ratzinger presenta la "Veritatis splendor"

que no es absoluta como la inteligencia de Dios: pertenece a un ser creado, y concretamente a una criatura en la que cuerpo y espíritu son inseparables; en fin, pertenece a un ser que se encuentra en una situación histórica alienada, que influye sobre su capacidad de razonar.

### Contra la devaluación del cuerpo

El Papa subraya los dos primeros puntos en contraposición a una mentalidad neo-maniquea, según la cual el cuerpo del hombre es considerado como exterioridad biológica, que nada tendría que ver con su modo específico de ser humano y por consiguiente con los bienes morales. (...)

Las éticas criticadas distinguen entre bienes de orden moral (como el amor de Dios, la benevolencia hacia el prójimo, la justicia, etc.) y los bienes pre-morales, como la salud, la integridad física, la vida, la muerte, la pérdida de bienes materiales, etc. Aunque una acción lesione este último tipo de bienes, podría a pesar de todo ser moralmente aceptable "si la intención del sujeto se concentra, según una 'responsable' ponderación acerca de los bienes implicados en la acción concreta, sobre el valor moral reputado decisivo en la circunstancia... La especificidad moral de los actos (...) vendría determinada exclusivamente por la fidelidad de la

persona a los valores más altos de la caridad y de la prudencia" (n. 75). En la medida en que todo lo corpóreo se inscribe en el ámbito de los bienes puramente "físicos", "premorales", la moral se reduce a una ética de buenas intenciones, que podrían por tanto justificarlo todo.

La Encíclica se opone con decisión a esta devaluación del cuerpo. Esa visión reductiva de la naturaleza humana "se resuelve con una división en el hombre mismo". Nos encontramos de hecho en presencia de un nuevo dualismo, que priva al cuerpo de su dignidad y por consiguiente también al espíritu de su cualidad humana específica.

### Con la mirada en Jesucristo

El hecho de que el Papa concluya la Encíclica con una meditación sobre María, la Madre de la misericordia, es algo más que una piadosa costumbre. El Papa nos dice que la Virgen puede llevar este título "porque Jesucristo, su Hijo, es enviado por el Padre como Revelación de la misericordia de Dios... No vino a condenar sino a perdonar" (n. 118). Solo con esta afirmación se completa la doctrina moral cristiana. De ella forma parte la grandeza de las exigencias que derivan de nuestra semejanza a Dios, pero también la grandeza de la bondad divina, de la cual el signo más puro es para nosotros la Madre de Jesús.

Tomado de: ACEPRENSA N° 35 131/93

## NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS

RAMON GARCIA DE HARO  
LA VIDA  
CRISTIANA

EUNSA

### La Vida Cristiana

Por: Ramón García de Haro

#### Curso de Teología Moral Fundamental

EUNSA, Pamplona, 1992  
Colección Biblioteca de Teología  
ISBN 84-313-1184-3

856 páginas

La teología moral posee, en comparación con las demás ciencias, un peculiar atractivo: es la ciencia que nos enseña, no ya a hacer o construir algo o conocer qué son el mundo y las cosas, sino a saber quien es Dios y quienes somos nosotros mismos, y el camino para, día a día, aprender a ser más humanos y mejores hijos de Dios.

El obrar moral, en efecto, no se limita a producir efectos exteriores sino que es inmanente a la persona: con su conducta el hombre se transforma a sí mismo; llega a ser una persona que sabe amar, servir, obrar justa y prudentemente, con alegría, humildad y sencillez, etc., o, en cambio, se autodestruye y se esclaviza a las cosas y las ideologías dominantes.

La moral plantea siempre este tipo de apasionantes interrogaciones: ¿cuál es el sentido de la vida y de la muerte, de la alegría y del dolor, de nuestra capacidad de acción, del influjo que ejercemos sobre los demás y ellos sobre nosotros?, ¿cuál es la dignidad de la persona -de toda persona humana- y cómo debemos tratar a los demás?; o, también, ¿obrando de ésta o de la otra manera me haré más veraz y auténtico? ¿me convertiré en magnánimo o en pusilánime? y, en definitiva, ¿quién o como quién quiero ser?